

OTRAS RAZONES

DIÁLOGO IMPOSIBLE

Aunque lo he perseguido siempre, y sigo manteniendo todavía un rescoldo de esperanza, nunca he conseguido dialogar con otro ser vivo, en asuntos políticos. La dificultad de lograrlo en idioma español parece ser, a estas alturas de mi vida, insuperable. En cambio, y para mi fortuna, desde que alcancé la madurez política no cese de establecer diálogos fructíferos con los muertos. De su genio vivo no espero recibir, ni recibo, contestaciones de otros tiempos a las incertidumbres actuales de la libertad. Pero sí los universales vetos de la realidad a los precipitados pasos de la razón para llegar a la democracia caminando por atajos. La verdad puede, e incluso debe, irritarse con la mentira. Pero de los muertos y la historia sabemos que jamás pierde la paciencia ante el error. Tal vez fuera por esto, y no por darle supremacía al valor de la tradición, por lo que el poético Santayana decía que «los vivos votan y los muertos vetan».

Dialogar no es discutir sobre los efectos más o menos visibles de la política, ni sobre las preferencias morales implícitas en las opciones de gobierno. En este terreno cada uno es libre de manifestar la jerarquía de sus pasiones. Dialogar es argumentar y razonar sobre las causas que producen los efectos no queridos de la política y los modos de conseguir los deseados. De política se habla sin intentar si quiera establecer las bases comunes —en precisión de palabra, buena fe intelectual, cultura de conceptos y rigor de razonamiento— que hagan posible el diálogo. Resulta más cómodo opinar y está al alcance de todos. Incluso al de esos tertulianos que no prueban ni refutan nada. Porque al hablar de política como de gustos, no es necesario defender, con razones, el de cada uno. Menos mal. Si lo hicieran, pondrían ingenuamente al descubierto, con su ignorancia, los prejuicios e intereses vulgares de sus opciones. Es menos dañino, por ser más inocuo, oír opiniones infundadas que los fundamentos de la vulgaridad que las produce. Lo vulgar sólo tiene dignidad cuando, como todo lo ordinario, permanece en la penumbra social donde se recrea. Nada natural es, de por sí, chabacano. La ordinarietà consiste en sacar a la luz lo que debe permanecer recatado. Y la obsenidad de las opiniones políticas corrientes la crea; mejor que el cinismo, el exhibicionismo de la vulgaridad.

La dificultad del diálogo no es, en realidad, problema específico del tema político ni de la materia gris de este país. Aparte de otras exigencias de orden artístico, el estilo literario de las grandes obras de teatro y de las novelas de pensamiento responden a la necesidad de dialogar que siempre tiene el talento, aunque sea consigo mismo. Fuera de la literatura de imaginación, son muy escasos los diálogos entre estadistas, políticos filósofos y científicos que han superado el ánimo polemista o el espíritu de escuela. Escribir diálogos entre personajes ficticios, aunque sea



un modo esquizofrénico de desarrollar el propio pensamiento, no ha dejado de ser, desde Platón, una tentación permanente de los grandes escritores. Pero a pesar de la facilidad que presta a la expresión clara y concisa de conceptos oscuros y complejos, esta forma dialogante de confrontar las ideas propias con las adversas es injusta. Privilegia a quien tiene la última palabra. Y casi nunca porque la idea derrotada se haya quedado sin respuesta.

Se podría pensar que la amistad entre personas afines ofrece la mejor oportunidad para entretener, sin el amor propio de llevar consigo la razón, un diálogo político capaz de invalidar, por el solo rigor del razonamiento, cualquiera de las ideas inicialmente dispares. Pero esta creencia no deja de ser una ilusión. Porque el acuerdo de principios sobre los modos morales y culturales de dar sentido a la vida personal, que es lo propio de la amistad convertiría al diálogo en un inevitable acuerdo de fines, que es lo propio de socios o de compinches políticos.

Antonio GARCÍA TREVIANO

REGRESO A LA BARBARIE

Estamos asistiendo a un espectáculo completamente contradictorio respecto al progreso del Derecho en nuestro planeta. Cuando parecía que, con el proceso de Pinochet, lenta muy lentamente se avanzaba hacia una conciencia jurídica más pura y exigente, bruscamente se ha desatado la barbarie que arroja todas las normas del Derecho Internacional.

Se han cumplido más de cinco lustros desde el golpe militar en Chile. ¿Cuántos años van a tener que transcurrir para que se abra el proceso al señor Clinton y al señor Solana por el acto de violencia que están cometiendo, al ordenar el bombardeo de Yugoslavia, al margen de cualquier debate y decisión en las Naciones Unidas? Arrogándose el derecho de disponer de la inmensa maquinaria bélica de la OTAN para arrojar su tormenta de fuego donde soberanamente juzgan conveniente. ¿Cuándo se va a juzgar como cómplices a los jefes de Estado y de Gobierno que inclinan aquiescentes sus cabezas?

A lo largo de los últimos años hemos ido asistiendo al ejercicio impune de acciones de este tipo, unas veces protagonizadas en solitario, otras dirigidas por los Estados Unidos,



finalmente erigidos en superpotencia única tras haber organizado la descomposición de la Unión Soviética. Agresiones que han tenido múltiples blancos, tales como Libia, Irak —no sólo en la Guerra del Golfo sino

en periódicos bombardeos— Sudán. Transcurrido el tiempo se ha mostrado el sinsentido de tales acciones. O más exactamente, que carecían de otro significado que no fuere la exhibición periódica de poderío y la fabricación de enemigos, congruente con otra fabricación: la de las armas.

Ahora la víctima es Yugoslavia. Se pretende justificar la agresión tanto en su forma como en su fondo. En el primer aspecto, se alega que las acciones tienen como objetivo exclusivamente centros militares. Pero por desgracia conocemos bien el concepto de «daños colaterales» con que se designa las víctimas civiles y las destrucciones acarreadas. En la cuestión de fondo se pretende que no trata sino de defender los derechos de los kosovares a organizarse en términos de autonomía o de independencia frente a la absorción serbia.

Naturalmente no voy a exculpar a Milosevic, ni negar los derechos de los kosovares. Aunque me parece importante una matización: desde que Kohl y Woytila, con el precipitado e interesado reconocimiento de Croacia y Eslovenia prendieron la mecha del polvorín yugoslavo —frente a intentos, como los de Francia— de reestructurar armónicamente la Federación Yugoslava— se produjo una satanización de los serbios, cargando unilateralmente las tintas de la criminalidad sobre sus espaldas. Las actuales acciones son congruentes con ésta línea política. Observemos, en efecto, el panorama internacional. En Turquía no es menor la represión de los kurdos que la que padecen los kosovares. En África, Marruecos se anexionó tranquilamente el Sáhara Occidental y nunca llega el referéndum. En Timor se desarrolló una feroz persecución por parte de Indonesia. Y nunca se planteó la posibilidad de castigar con bombardeos a tales países. No se diga que Yugoslavia posee el privilegio de encontrarse en Europa. La realidad es que a la Administración de Estados Unidos, muy lejos de preocuparse por la defensa de los derechos de los seres humanos y de los pueblos, sólo se mueve por sus intereses y por la división del panorama internacional entre amigos y enemigos. Dirigiendo desde su trono todo el aparato de organizaciones militares creadas a su servicio.

Tal es el caso de la OTAN, una entidad que, si siempre fue discutible, sin duda debería haberse disuelto tras el fin de la guerra fría. En lugar de ello, aumenta su composición y se convierte en un peligroso monstruo para la posibilidad de una verdadera democracia internacional. Autoerigiéndose en soberana y despreciando a las Naciones Unidas. Y, completando este triste panorama aparece la grotesca figura de Yeltsin en impotente rabieta, consciente de su incapacidad para equilibrar el mundo, víctima de sí mismo al haber huido a la Unión Soviética, instalando el poder omnímodo de una sola superpotencia.

Carlos PARIS

LOS NOVIOS DE CASA

A Juan Bravo le habían contado ya la inquietud que se respira entre algunos directivos de la empresa pública CASA, por los problemas que afronta su programa de un nuevo avión militar de transporte, el C-295, que no parece encontrar el eco suficiente en el Ministerio de Defensa.

Cualquiera podría pensar que la empresa pasa por apuros económicos y que su futuro, en las puertas de la privatización, es muy negro. El espía asegura que es todo lo contrario y que a CASA le sobran novios. No sólo es una empresa capaz de construir el «eurocaza», sino que es uno de los socios de la más pujante fábrica de aviones de pasajeros del momento, el consorcio Airbus, que se habla ya de tu a tú con el

gigante americano. Y su participación vale su peso en oro.

Así lo ha confirmado ya la firma alemana Dasa, que quiere acudir a la privatización. Pero también andan detrás del pastel británicos y franceses. Por eso el espía se empeña en trabajar horas extra en rebuscar en los libros de cuentas si queda pendiente alguna de esas extrañas facturas, por las que a veces se ayuda a gobiernos que han mostrado su amistad con, por ejemplo, capturas de etarras o apoyos en cuestiones internacionales. Juan Bravo piensa, por el contrario, que estas cosas ya no pasan, que el Gobierno español es otro y otra la situación.

Juan BRAVO

